# MEMORIAS DEL VIEJO TRAPILLO

Autor: Ramón Faro Cajal

CAPITULO I

## A MODO DE INTRODUCCIÓN

Higinio Zardoya Tardón era huérfano. Era ese ser que a veces nos encontramos en la vida y que transpira orfandad por todas partes. Tenía tipo de huérfano, cara de huérfano y sobre todo mirada de huérfano. Cuando se cruzaba con al­guien por la calle, la gente comentaba "mira un huérfano".

Higinio había vivido muy tranquilamente sus primeros 16 años. Su padre, te­niente de Inten­dencia de la escala auxi­liar, desde sus tiempos de sargento había de­sarrollado sus funciones en el Grupo Regional número 1 de Madrid, anti­gua Agru­pación Divisionaria de Intendencia y más con­cretamente en la panadería.

Higinio aquella mañana había salido más o menos contento al instituto llevan­do las mate­máticas más que floji­llas en espera de su examen de reválida de sexto, para aca­bar con su bachi­ller.

En pleno examen el catedrático, con cara de circuns­pecto, le dijo que se fuera para casa que había ocurrido una desgracia.

Su padre murió en el camión que llevaba el pan del grupo a los distintos cuar­teles.

Con el accidente, Higinio cambió.

En el instituto, aunque el examen fue un desastre, le aprobaron el bachiller y a nivel oficial a su padre no le die­ron la muerte en acto de servicio, pues el que fuera en el ca­mión fue debido a que aprovechó que el vehículo pasaba cerca del Ayunta­miento, donde debía de ir a resolver asun­tos personales.

A Higinio se le quedó el porte triste, del hombre que ha sufrido una desgracia y que cuando hablas con él por pri­mera vez, en la frase de inicio de conversación, te suelta a modo de excusa "es que soy huérfano".

Son esos tíos que, en mitad de una frase, es como si tu­vieran un flash retros­pectivo y pasan de una expresión afa­ble y risueña a ponérsele unos ojos de carnero y la boca ar­queada hacia aba­jo. Lo dicho, ponen cara de huérfano.

De este ser anodino, triste, espeso, aburrido y mortal­mente negativo no vamos a hablar, va­mos a relatar su se­gunda transformación, vamos a partir del momento de su vida en el que se en­tera que ser huérfano no es una desgra­cia ¡ES UN DELITO! y que a su madre no se le llama mamá, se le llama "la viuda".

De que aparte de apellidarse Zardoya Tardón, también se apellida piedra pero... ¡ASI DE GORDA!

De que Ramón Angulo aunque también se apellida piedra, no es familiar suyo.

De que a partir de un momento de su vida habrá de compartir los cigarrillos con otras bo­cas sedientas de humo y que una colilla es una "pava" respetabilísima, que en su momento será la envidia de alguien.

De que las señoras se visten con cualquier trapito y tú con un "trapillo".

De que un "virus" no es un bicho pequeñajo.

De que te van a dar un número para toda la vida y de que el siete dieciséis no ingresó aun­que tenía enchufe.

De que el "aspirino" es un ser que cuando te ataca lla­mándote huérfano, has de contestarle "para la mierda de pa­dres que tienen algunos...".

De que la quiniela que va a rellenar no tiene premio, ni catorce resultados.

De que hay un "papel para el pecho" y este último no coincide con la anatomía que él cono­ce.

Así, poco a poco, a base de pequeños cuentecillos, anéc­dotas y demás vicisitu­des, haremos de este Zardoya "Piedra" su transformación de ese personaje que aban­donamos al principio de estas líneas y haremos que se convierta en ese individuo que no necesita de descripciones ni de definic­ión, pues la misma palabra denota un ser de unas carac­terísticas tales que muy bien puede apare­cer en la historia como el descubridor de la máquina de pelar langostinos o el hombre que termi­nó con el hambre de los "matongos" por­que montó una fábrica de "papel para el pecho", o también puede ser que terminase como representante de los presos de Carabanchel. En fin, un hombre lla­mado a ser líder. Y como resumen ese hombre se va a transformar de huérfano a ¡PINFANO!

¡Dios mío! solo de escribir la palabra un escalofrío me ha recorrido la espalda.

¿Qué es un pínfano?, casi nada. Pínfano soy yo.

Cuando la Real Academia de la Lengua determine, por fin, la definición de pínfano, creo que dirá algo así:

Pínfano: Animal mamífero y vertebrado, de la familia de los huérfanos, que con la transfor­mación en el CHOE (fórmula secretísima) se le dota de superpoderes, como el de oler un duro a distancia, aprovechamiento de desechos, vi­sión nocturna y supervivencia suma. Su hábitat lo resume la frase "en donde menos piensas que hubo nada... ya allí un pínfano se fumó una pava".

Estudios de la NASA han determinado que después del holocausto nuclear de los pocos que quedarían con vida so­bre la Tierra serían las cucarachas, algún chino (es imposi­ble matarlos a to­dos) algún gallego (están en todos los si­tios) y una gran parte de pínfanos.

Estos últimos están dotados de una capa exterior en la piel muy poco permea­ble y resistente a las radiaciones que se fue creando gracias al "jabón Lagarto" que utilizaban en la ducha semanal.

Su aparato digestivo es a prueba de neutrones y capaz de digerir cemento ar­mado (y si no, qué era aquello que le llamaban arroz con leche...), o someterse a die­tas escasas y prolongadas (de eso si que sabemos un rato largo). Su ca­pacidad de aguantar sin moverse hasta pasados los efectos nucleares es ilimitada. El pínfano lo aguantaría estoicamen­te, no en vano ha sido capaz de estar seis horas de cualquier examen de sábado sentado en una silla, sin tener ni idea de lo que tenía delante y pegándose una "pensada" capaz de re­correr los más extraños vericuetos que deja­rían chica la imaginación de Julio Verne.

Si a todo esto le ponemos su protección auxiliar de un "trapillo" usado, con sus correspon­dientes capas de tiza, su­dor, grasilla y polvo, tenemos al pínfano poco me­nos que in­mortal. Proto­tipo de protección de la guerra ABQ (Ató­mica, Bacteriológi­ca, y Química. Esto lo aclaro para los que no in­gresaron... ¡pobrecillos) y modelo de supervivencia.

De todas formas, la historia nos demuestra que en to­das las grandes obras o hechos de la humanidad hubo un pínfano.

En la cuevas de Altamira he visto dibujado a un hom­bre que ha matado a un mamut. Debajo tiene apuntado un número ¿qué ha de ser más que el número del CHOE?

De Heráclito "el carabanchelero" dice la Historia que se vestía solo con harapos y que se la­vaba una vez al mes ¿qué prueba más fehaciente de su condición?

César al cruzar el Rubicón dijo: "Vini, vidi, vinchi.", que traducido dice:

"El vino emborracha a veces". ¿A quién se le puede ocurrir tamaña refle­xión que no sea a un pínfano de pro?

Volviendo a nuestro Zardoya y a modo de introduc­ción, lo situamos en la puerta del colegio de Santa Bárbara, dispuesto a vivir intensamente su meta­morfo­sis y haciendo válida esa frase ma­ravillosa del himno de la Legión que pa­rece escrita por un pínfano:

"... cada uno será lo que quiera

nada importa su vida anterior..."

Higinio Zardoya Tardón nº 1232 primer dormitorio cuarta sección. Quizás durante las his­torietas alguien se vea reflejado en ellas y piense en la casualidad. Ha de saber que han sido pen­sadas, reflexionadas y transcritas de forma di­recta y total­mente intencionadas para máximo rego­cijo del lector.

O sea, que cualquier parecido con la realidad es total­mente coincidente y a los personajes ni se les ha cambiado el nombre, ni el mote, ni el número...

¡Faltaría más!

¡Ah! Reclamaciones al maestro armero.

CAPITULO II

## EL ZUPO

Por fin lo iba a conocer. Todas mis visiones, todas las formas imaginables que mi mente ha­bía formado al escu­char a los demás, se iban a fundir en una figura y en una voz. Yo, Higinio Zar­doya Tardón dentro de unos momentos, iba a conocer al Zupo.

Al entrar en el colegio con mi maleta, más que carga­do, e ir acercándome al edificio atrave­sando la pequeña ex­planada que hay delante, la puerta del edificio, pequeña desde lejos con sus tres escalones y franqueada por dos bolas de piedra de dudosa belleza, se me antojó una boca enorme que me iba a comer. Era como si fue­se una aspiradora que me atrajera hacia sus entrañas. Me dio la impresión de estar hipnotizado y caminar hacia un mundo desconocido; sabía o intuía que siempre a partir de traspasar aquella puerta ha­bría un antes y un después.

El tiempo me dio la razón ¡y de qué manera!

Allí estaba yo preparado a traspasar aquella puerta cuando de repente y como salido de la nada apareció lo que por un momento creí que era San Antonio. Alto, con esa franja de pelo que monta sus orejas y recorre el cogote de­jando la parte alta del cráneo como una bola de billar.

¡Gracias Dios mío! murmuré. En estos momentos de angustia me mandas a uno de tus san­tos a confortarme.

Una voz sonó alta y grave y la verdad que un poco desagradable: " ¿Ha visto ya al "senor di­rector"?".

La visión de San Antonio desapareció para encontrar­me con la cruda realidad ¡EL CALVO!

De pie, con la maleta descansando a mi lado y tras la puerta de cristales espe­raba que el Zupo ("el senor director") me hablara.

Había escuchado tantas historias suyas que casi lo que veía era la realidad de lo que me ha­bía imaginado.

Me habían contado que en cierta ocasión al "Teco Teco", un pínfano de hacía años, el 1109, que había tenido un hermano antes que él, el Zupo, le preguntó si iba a ser mejor que su antece­sor, que había sido un trasto. El Teco Teco, por echarle un piropo a su hermano, le dijo al Zupo que él era el peor de los dos, que su hermano era más inte­ligente, más buena persona, etc.

Conforme hablaba, la cara del Zupo se fue congestio­nando de ira y de rabia y explotó gri­tando lo que se cono­cía como la parábola del Zupo y sus palabras "bí­blicas":

- “¡Cabrón cabronazo coge tu maleta y vete!".

La verdad es que suena algo así como "coge tu camilla y anda...".

En otra ocasión contaban de Faro, el once treinta y dos, o sea mi padre, que era jefe de clase de la cuarta, que fue a pedirle al Zupo la baja de su jefatura por no sé qué proble­mas. Mi padre media uno ochenta, era deportista y ademas de ser maño ejercía de tal.

Cuando expuso sus penas al coronel, éste le respondió:

-”Mira maricón de playa (insulto que nunca supo por qué) te he puesto je­fe de clase no por lo listo que eres sino porque eres más bruto que los demás y así me mantienes el orden".

Mientras chillaba un angelote de bronce que hacía las veces de pisapa­peles salió proyectado en la dirección de su cabeza.

La verdad es que como tal maño podía haberla rema­tado de cabeza pero prefi­rió la esquiva y la huida.

Se cuenta que mi padre ahora, cada vez que ve una imagen sacra con angelo­tes, pone cara de perro y adopta una posición de "en guardia" adu­ciendo, que esos bichos son kamikazes que tie­nen como objetivo su cabeza.

Pues bien, haciendo antedespacho en el pasillo espera­ba ser recibido por ese ser.

Salió "el Calvo", me dijo que pasara y allí estaba ÉL. Detrás de la mesa con la mirada baja es­cribiendo no sé qué en un papel sobre la mesa.

Como seguía escribiendo tuve unos momentos para desde mi posición de fir­mes, echarle una prolongada mira­da.

Tendría pasados los sesenta, bajito, muy bajito. Sentado como estaba en la pun­ta del sillón llegaba escasamente con los pies a tocar el suelo. Los bracitos eran cortitos, las manos pequeñas y regordetas, casi calvo, con unos pelos blancos peina­dos hacia atrás, gafas oscuras y graduadas y pienso que no muy bien, pues para es­cribir lo que estaba escribiendo se acercaba en demasía al papel.

Intenté imaginarlo vestido de uniforme, ya que era co­ronel, y la visión que se me formó fue horrible. Su uniforme era negro, llevaba botas de montar, pistola al cinto, fusta, monóculo y en el cuello de la guerrera aparecieron dos eses rasgadas como rayos y una calavera. Yo no me llamaba Hi­ginio, me llamaba Samuel y a su derecha tumbado en el sue­lo enseñándome los dientes apareció un dóberman que tenía la cara del "San Antonio" que acababa de conocer.

De repente todo se esfumó pues un sonido terrible como el tragar de un sumi­dero, bajo y sin apenas expresión se escuchó:

- ”¿Como te llamas?"

A partir de ese momento supe que la angustia se resu­me en cuatro palabras:

- “Te llama el Zupo"

Actualmente cuando me entero de que un compañero de CHOE tiene estreñi­miento lo llamo por teléfono y después de los saludos de cortesía le digo las cuatro palabras mágicas "te llama el Zupo". El efecto es inmediato.

Abandona el aparato y una colitis galopante alivia su mal anterior.

A veces es peor el remedio...

Entré en el dormitorio, enorme, grande, lleno de literas y de taquillas de made­ra pegadas a la pared.

Pululaban por todas partes entes vestidos de verde-gris-plomizo que me mira­ban y son­reían. Tomé posesión de mi taquilla y fui colocando mis pertenencias. Dejé encima de mi litera un paquete con rosquillas, última dádiva de mi madre, con la recomendación de tomármelas en el desayuno poco a poco. Calculo que fueron 5 segundos los que dejé de posar mi mirada sobre el paquete y como por arte divino, el paquete había desaparecido y 20 bocas masticaban disimulad­amente.

Chillé fuertemente.

 - ¿Quién ha robado mis rosquillas?

Del grupo de observadores se levantó un cíclope que luego me enteré de que era el 1049, un tal Ansedes Mouronte que me espetó con un acento gallego más que acentuado.

- Mira rapaz, aquí nadie roba, aquí a las cosas se le ponen ruedas y desapare­cen.

Mi cara debía ser de un idiota subido.

¿Qué a las cosas se les ponían ruedas? Yo me imagi­naba a las rosquillas con ruedas y la idea me resultaba in­congruente.

Afortunadamente aprendí pronto.

Hace poco llevé mi coche al mecánico diciéndole que me lo pusiera en condi­ciones. En un momento me dijo.

- !Le pondré ruedas!

Salté al volante y salí echando humo dejando al mecá­nico con cara de besugo al tiempo que yo le chillaba.

-¡Es viejo pero hace falta muchas narices para ponerle ruedas a algo de un pínfano!

CAPITULO III

## EL TRAPILLO

Todavía no había salido de un sobresalto que me me­tían en otro. "¡Al almacén a por el tra­pillo!" chilló alguien.

El trapillo. ¿Qué era el trapillo? La primera vez que escuché la palabreja se me antojaba que me iban a dar un trocito de tela así de pequeño y además sucio, con el cual es­casamente iba a ta­par mis vergüenzas.

Me imaginé al Ángel que expulsó a Adán y Eva del Pa­raíso chillándoles:

- “Ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente y ta­paros guarros... tomad un trapillo".

Trapillo, para aquel que ha pasado por el CHOE, qué cantidad de imágenes le vienen a la mente. Cuando se cree el Diccionario Pínfano dirá algo así:

Trapillo: Prenda de vestir de dos piezas, por supuesto de tallas diferentes, de un color inde­terminado entre verde, gris y azul tizado (significa mezclado con tiza o clarión de pizarra).

Prenda muy útil de todo tiempo especialmente con llu­via, pues gracias a la ca­pilla de grasa que la cubre la hace totalmente hidrófoba.

Sirve a la vez de prenda de deporte y para estar por casa, así como de pequeño almacén de "pavas" y de "papel pal pecho".

Como prenda militar al usuario que lo porta en la os­curidad lo hace invisible aunque fácil­mente detectable al olor.

Solo se adquiere con todas sus propiedades en estable­cimientos especializados del ramo.

Me recuerdo saliendo del almacén con mis calcetines de lana y mis sandalias, mi camisa que picaba como un de­monio, una camiseta y unos calzoncillos marca­dos con mi número en rojo que daban la apariencia de estar en una cárcel.

Por encima de todo como la guinda de un pastel, el trapillo.

Hace poco, me invitaron a la boda de la hija de un an­tiguo pínfano. Al pre­guntar cómo de­bía ir vestido, pues ha­bía varios actos, me dijeron: "A la iglesia con corbata, pero al vino que hay antes de trapillo."

Estaba totalmente claro. Siempre surgen cosas como estas e incluso otras más o menos so­lemnes como la de acu­dir a la reunión y comida que se celebra en el CHOE. todos los años, quisie­ra tener mi trapillo y volverlo a vestir aun a costa de algunas lágrimas propias y ajenas.

El trapillo, todo un símbolo.

Isabel la Católica dijo que no se cambiaría de camisa hasta la toma de Grana­da. Los Tem­plarios dijeron otro tanto hasta no recuperar los Santos Lugares. Los Pín­fanos no se quitaban el trapillo hasta ingresar en la A.G.M. aunque sin­ceramente creo que, a diferencia de Isabel o los Templarios que tendrían otras prendas, el Pín­fano adolece de otras pro­piedades que no sean del Estado.

Cuando en Zaragoza nos examinábamos, nos sacudían un traje azul con cami­sa blanca, cor­bata negra y en las sola­pas de la chaqueta llevábamos dos óvalos con el escudo del Ejército. En otro tiempo se llevó gorra de plato blanca.

Al preguntar el porqué de aquello se me dijo que era para distinguirlos de los demás y que los "protos" nos tuvie­ran más consideración e incluso podía llegar el caso de echarnos una mano.

¡Que falta de asesores de imagen!

Dónde va a parar el efecto que puede producir en mi­tad de un aula de exáme­nes un indivi­duo que, rodeado de señores con traje, viste con calcetines de lana, una sandalias gastadísimas, que saca de su bolsillo ¡no un paquete de ci­garrillos! sino varias pavas, que devora su bocadillo y pide dos más, todo esto dentro del cuadro inmejorable de su tra­pillo sudado, raído y descolorado.

Qué proto no se hubiese conmovido al ver a ese ser desconsolado y desvalido huérfano. De ver esa imagen y pa­sarle el resultado de los exámenes solo había un paso.

¡Pero no!. Limpios, peinados y con traje azul.

Volviendo de la A.G.M. de un examen y ataviado con el vestuario azul descrito, me encontré con un amigo de la in­fancia que después de unos saludos afectuosos me dijo qué hacía yo. Me puse en su lugar y me vi de aquella guisa y para evitarme explicaciones le dije: "Trabajo en co­rreos y re­parto telegramas".

Ni una sombra de duda atravesó su frente, mi unifor­me era la fiel estampa de lo que acaba­ba de decir.

¡Ah, qué otra historia podría haber contado de ir con mi trapillo! Licenciado de la guerra de Vietnam, supervi­viente de Ausvich y Dachau, agente secreto disfra­zado de pobre, tranviario en paro, desactivador de minas, explosivos y cohetería en general, mamporrero en huelga de ham­bre...

El que no ha vestido un trapillo no sabe lo que es su­mergirse en el laberinto de la impronta magnitud y del ser como ente pensante (ruego no me preguntéis que significa esta frase).

Como frase histórica me remito a la famosa que pro­nunció César al entrar en el Senado y ver a Bruto sin la co­rona de laurel en la cabeza. "¿Tú también de trapi­llo... hijo mío?”. De lo cual se deduce que él tampoco llevaba la coro­na.

Esta frase le debió de cabrear pues acordaros de lo que pasó después.

Bueno, pues heme aquí revestido con el trapillo. Había vestido la prenda que ya jamás aban­donaría mi existencia. Decían de los templarios, que cuando les ponían la cruz so­bre la capa, de­jaban de ser lo que eran y sufrían una trans­formación. El trapillo ofrecía a su portor el éxtasis, no de ser otra persona, era la de ser muchas más pero bajo el mismo título. PINFANO.

"Viejo trapillo mi mejor compañero..."

Una verdad como una catedral de grande.

"... pronto presiento que te voy a dejar..."

Ni de coña. Vestirás trapillo toda tu vida, pensarás en él más que a menudo, hablarás de él, te sentirás seguro pen­sando que lo llevaste, sentirás un especial afec­to a los que te digan que lo lle­varon y muchas veces sentirás, con lágrimas en los ojos, que pese a todo, los años que lo llevaste son quizá los momentos de tu vida que te han hecho ser como eres ac­tualmente.

CAPITULO IV

## INSPECTORES

Antes de que Higinio se incorporase al colegio "su viu­da" recibió en su casa una carta con muchos panfletillos y uno de ellos rezaba así, transcribo:

"Normas a las que han de ajustarse los alumnos que en régimen de internado (preparación militar) y de residencia internado (carreras civiles) quieran disfrutar de los benefi­cios en el cole­gio de Carabanchel Alto..."

En su apartado II punto F dice:

"Comportamiento con los inspectores (todos los alum­nos):

Todo alumno ha de ver en el inspector no solo a la persona que vigila su com­portamiento, sino que, por su ex­periencia y edad, trata de guiarle y ayudarle en todo ins­tante, de aquí que ha de merecerles el inspector el mayor respeto y conside­ración y que de no cumplirlo, se verá somet­ido a la sanción correspondiente."

A la vista de esta lectura Higinio supuso que al entrar al colegio vería por los pasillos a unos seres, mayores eso sí, pero con un aspecto angelical que en todo mo­mento con una voz acaricia­dora, suave y tremendamente paternal le dirían “qué te pasa hijo...”.

Tal parecía así que para proteger a aquellos seres, idí­licos, que merecían, según reza el apar­tado II punto F, el mayor respeto y consideración, se castigaba al infrac­tor con ser sometido a la sanción correspondiente.

Si antes de pinfanear alguien me hubiese dado la lista de sanciones pue­de que fuese algo así:

No podrá ausentarse del colegio durante la semana, excepto la tarde del do­mingo.

Será suspendido de duchas de agua caliente hasta el sábado.

Como correctivo se levantará a las 7 de la mañana y estará sin probar bocado al menos hora y media durante un tiempo.

Se le restringirán las cuartillas a tres diarias (si estu­viese en la sección primera o segunda se aumentan a cuatro) y en ellas se le obligará a hacer todos los deberes.

Solo podrá cambiarse una vez a la semana. Si la san­ción es en invierno se le obligará a llevar sandalias.

Será racionado en la comida, condenado a no saciarse nunca y tener cierto gus­anillo siem­pre en el estómago.

La lista podría ser larguísima, pero si sólo hubiese estos puntos, la impresión de las sanciones hubiese sido más que terrible.

Total que Higinio que siempre esperó que el primer inspector le acariciase el oído con el nombrado “qué pasa hijo”, muy por el contrario sonó la trompeta del juicio final con aquél.

- ¡A visto al senor director!

"El Calvo", San Antonio, Domanguez, el motorista y al­gún que otro mote alu­diendo al oficio de su madre (por otra parte sin confirmar) aludían a un personaje tremendamente curioso.

De él se contaba que había sido guardia civil motori­zado (en moto) de la escol­ta de Franco, y que le fue entrega­do como premio la jefatura de inspectores de este cole­gio. Que había sido legio­nario, era otra versión y que in­cluso el padre Cuevas sabía su historia pero que jamás soltó pren­da. Que...

Lo que si era cierto es que era gallego y que ejercía. Era famosa su frase:

- "Senores, voy a tener que hablar con el senor director y os va a poner una sación".

Anda que no pasé tiempo aguzando el ingenio y el oído hasta que descubrí que lo que quería decir era "san­ción".

Era tremenda la facilidad que tenía para cambiar ape­llidos y nombre. Furelos Mogo durante su permanencia en este centro no consiguió un Furelos como Dios manda pese a ser gallego dicho apellido, hubo de conformarse con un “¡Senor Fore­los!”.

El bueno de Higinio Zarzoya Tardón ¡piedra! se tiró 6 meses detrás de el "Cal­vo" diciéndolo que no soy senor Zar­zioya, soy Zarzoya, y Domanguez en un gesto de ingenio y de reflejos empezó a llamarle senor Hilginio para desespero de la pobre víctima.

En el colmo del paroxismo y para orillar a tamaño personaje diremos de él que cuando se presentaba decía soy el senor "Domanguez" con lo cual queda reforzada la idea de que o es que oía mal o tenía un defecto en la boca aunque para mí el de­fectillo lo escondía un poco más arriba, detrás de la frente.

Durante una Semana Santa y para ayudar a otros ins­pectores apareció por el colegio un ser tremendamente es­pañol. Pequeño, moreno y con mala leche. Como su apari­ción fue en fechas tan señaladas y venía a ayudar, el mote casi fue una conse­cuencia " el Cirineo".

Hoy en día, si quiero llamar la atención a alguien para que se ponga alerta me sale la frase "¡keo, keo, que viene el Cirineo!", con el correspondiente mosqueo de la persona aludida que mi­rándome con ojos inquisitivos, cejas interro­gantes y boca torcida dice ineludiblemente "¿QUÉ... ?".

Estando en la cuarta sección en pleno mes de Febrero con un ambientillo de humo, sudor, calorcillo humano y olor a hogar, asomó las narices el Cirineo y en una demos­tración de pulcri­tud nos abrió las ventanas. Alguien mur­muró "¡Vaya!, ahora se nos va el tigre...". El Cirineo en un alarde de conocimiento del argot replicó: "Ya sé que me lla­máis "el Tigre" y no pienso irme de este colegio." Y con paso firme hinchado el pecho salió de la sección.

La verdad es que no sé la primera vez que lo vi ni dónde pero figura, no muy alta, poco cuello con la cabeza meti­da entre los hombros, incipiente tripilla, con las manos cogi­das debajo de la misma siempre con chaqueta y corbata, con más miedo al Director que nosotros mismos. con más miedo a nosotros que el Sr. Director, con sus acciones de buena persona, y por supuesto su voz. Una voz chillona, aguda y bastante desagradable que hacían que su mote le fuera como ani­llo al dedo " El Ma­riachi". Su voz era lo mis­mito que el grito que dan los mejicanos cuando can­tan ran­cheras.

En cierta ocasión al ir por el pasillo tropecé con él y por hacer una payasada hice como que rebotaba e incluso me tiré al suelo dando una voltereta y quedándo­me quieto como desmayado. Como siempre iba con Balmori con el cual, no es que haya convivido día a día, es que creo que pensamos con el mismo cerebro (lo cual no es hacernos nin­gún favor al decirlo), como decía Bal­mori montó el número de que me había desmayado, de que me había matado, etc., etc.

Por un momento pensé que la ambulancia había en­trado por el pasillo y venía a buscarme con la sirena puesta, pero no, era la voz del mariachi que pedía ayuda a gritos pensando que me había hecho daño de verdad.

Punto y aparte merece el Sr. Herrero.

Culto, impecable, afable, diciéndote siempre las cosas razonablemente y sin chillar, siempre de parte del huérfano frente a los demás inspectores y llamándote la atención a es­paldas de aque­llos si no tenías razón. Quizás la imagen que más se me ha quedado en la retina es la de él mirán­dome a través de los cristales de la puerta de la sección y haciéndo­me gestos avisando que el Co­ronel estaba en el pa­sillo.

Parece ser que tuvo un cargo de responsabilidad en un buque mercante, y de esta vivencia le venían los conoci­mientos de geografía que a nosotros nos dejaba con la boca abierta.

En resumen que si alguien daba la talla y se ceñía a lo que decía el reglamento del colegio de lo que tenía que ser un inspector, ese era el Sr. Herrero.

En fin sirvan estas líneas de recuerdo a aquellos perso­najes que nos llamaban al toque de diana , no nos dejaban fumar en los váteres, nos daban las hojas y las cuartillas para hacer los ejercicios, vigilaban nuestras comidas y nues­tros estudios, abrían puertas y cerraban la cocina y ve­laban por que se cumplieran los horarios.

La verdad es que si no fuera por ellos de que íbamos a hablar ahora... de todas formas "gra­cias por todo".

CAPITULO V

## LA DUCHA

El telediario daba las noticias de las importantes movi­lizaciones de trabajadores en los asti­lleros de fuera de nues­tro país. La sociedad se inquietaba de la tirantez en­tre Occi­dente y el telón de acero, el Banco Internacional miraba con preocupación el estado económico del mundo... y en el cole­gio de huérfanos a Higinio lo que era su máxima preocupac­ión, su mundo, su tragedia, era simplemente que su trocito de jabón Lagarto se acababa. Hoy a la hora de la du­cha en aquel sábado de fin de mes se imponía el ahorro.

Era lo que le faltaba. Llevaba casi 15 días de un humor de perros y en el centro de su frente, entre las dos cejas, una V permanente le daba una expresión de mal café impresio­nante.

Se pegaba unas pensadas terribles, se separó de los amigos en los re­creos y en los estudios por más de tres veces "el Lobo" dijo que lo iba a man­dar "al Cotolengo" y "el Katan­ga" dijo: "Eviden­temente usted no me estudia y esto es un pi­tote que eviden­temente tiene que solucionar". (La frase, como es natural, la remarcó con unos gol­pes de la uña del dedo gordo de la mano derecha contra la pizarra. Tenía la uña li­geramente deformada y nunca supe si se la había de­formado por los gol­pes que de continuo daba con ella o por el contrario esperaba que con ellos se le corrigiera.) Ver­daderamente la cosa era evidente, pero lo cierto es que Higinio rumiaba algo.

Había momentos que estaba mucho peor, que era a la vuelta del váter y a la hora de levan­tarse. Para colmo allí es­taba con su toalla al cinto preparado para ba­jar a las du­chas y con su tro­cito de Lagarto. Debía de haberse pasado en hi­giene aquel mes, pues de manera normal la mitad de tajo de Lagarto que le daban a prin­cipios de mes valía para 30 días.

Hace menos de tres meses, Higinio ya casado y con tres hijos, dio una vuelta turística por Europa y al llegar a Mu­nich y ver las dos cúpulas de estilo bizantino de su catedral se quedó de piedra mirándolas boquiabierto. Lo que le lla­mó la aten­ción no fue el estilo de la construcción ni sus per­files, ni sus formas. Fue su color. Eran de ese color entre ver­de y carne de membrillo que le hizo preguntar al guía: "¿Es­tán hechas de jabón Lagarto... ?".

El pobre estudiante de la escuela de turismo en prácti­cas, que sólo conocía el Heno de Pravia como jabón históri­co, le miró con ojos inexpresivos al tiempo que observaba como la mujer de su interlocutor le hundía el codo en su costado y los hijos de ambos le miraban con ira, asombro y bochorno.

Higinio inició un "Es que me acuerdo de..." pero hizo un mutis. Que le impor­taba a los de­más. Que si verdadera­mente fuesen de jabón Lagarto la cantidad de pínfanos que se podrían du­char. Verdaderamente qué sabrían ellos de lo que estaba pensando. Se alejaron del lugar pero Hi­ginio de vez en cuando se volvía, miraba, sonreía, y decía para sí... "son de jabón de Lagarto".

Volvamos años atrás con Higinio, su trocito de Lagarto y su cabreo.

Del dormitorio a las duchas había un trozo y hacia frio. La piel del pínfano es­taba ya tan en íntima comunión con su trapillo que le había traspasado parte de sus propie­dades, por lo que el frío era mera anécdota. Higinio esperó su turno y ¡hala! al desmugre.

Primero un primer contacto con aquella cascada de agua caliente que hacía rememorar la sensación de una de las muchas comodidades de la casa familiar, de la cual ado­lecía el colegio.

Higinio se dejó llevar, el agua le caía por la cabeza y le resbalaba por todo su cuerpo. Aque­llo era relajante, era ma­ravilloso, era lascivo, era... ¡Dios mío!. Cuando Higinio se dio cuenta quiso chillar, quiso salir de la ducha en pelotas y gritarle a todo el mundo que los viera:

- "¡Ves, no soy impotente!"

Llevaba dos semanas que no había notado nada, ni el más leve cosquilleo había surgido de su entrepierna. Se le­vantaba con la terrible sensación de ser un anciano. ¿Dónde estaban aquellas erecciones maravillosas de sus pocos años?

Lo había intentado todo delante del aquel Play-boy manoseado y ajado que co­rría por el os­curo mundo del mer­cado negro choetano.

Se acabaron los malos modos, las cejas arqueadas y su mal humor. Aquella erección mara­villosa lo volvía al mun­do de los vivos y que ¡vivos!

Volvió al dormitorio con un bulto más que sospechoso debajo de la toalla que hizo volver la cabeza a la Irene, que estaba limpiando las escaleras.

Con qué alegría hizo su quiniela.

Calzocillos: 2

Camisetas: 1

Calcetines: 2

Pañuelos: 2

El examen de la tarde podía esperar a un Higinio, des­pierto, inteligente y ágil mentalmente. Y mañana domingo cuando tocaran marcha ¡que temblara Madrid! No habría metro ni autobús, ni fila de cine que la moza de turno no sufriera a Higi­nio, el más rápido en poner rabos a falta de otro consuelo sexual.

Cuando hoy en día Higinio le pregunta a su mujer qué hay para comer y le anuncia "rabo de buey" no puede aguantar una carcajada, y cuando le interrogan siempre contesta... "cosas mías..."

CAPITULO VI

## PAPEL PARA EL PECHO

Higinio ya por la mañana sintió frío en el vientre y aquello no representaba nada nuevo.

Hoy le tocaba salir en física y en geometría y como también los problemas a entregar eran de aúpa, había pues­to la toalla atada al pie de cama que era la contra­seña para aquel ser tremen­damente extraño, que era el sereno. Arma­do de su tranca recorría entre las 5 y las 6 de la maña­na los dormitorios y cuando veía la señal te agitaba o te pinchaba con el garrote y cuando abrías los ojos te dirigía un sonido gutural, inexpresivo que todos suponíamos que sería un buenos días o vaya usted a saber. Lo cierto es que él diría lo mismo del primer sonido que salía de nuestra gar­ganta dormida.

Higinio la verdad es que se encontraba mal, Fue al baño por primera vez y sin­tió como iba ligerillo. Cuando es­taba metiéndose en la cabeza el polipasto, volvió a visitar al "señor Roca" y allá por las 7 de la mañana al toque de dia­na fue a por la tercera.

Una de las tragedias más terribles rondaba ya en los alrededores de Higinio.

De las faltas innumerables de las que el colegio era modelo era la falta de papel higiénico en los váteres, con lo que el pínfano tenía que hacer acopio de dicho ma­terial. Como depósito portátil y muy a mano se utilizaba la parte interior descosida de la pieza que formaba la parte superior que cubría los hombros de la chaquetilla del trapillo, por la parte de atrás terminaba en una cos­tura y la parte delantera era a su vez la solapa de los bolsillos. De tal manera que si descosía por la parte inte­rior la solapa del bolsillo podías introducir lo que fuere entre las dos telas de tal for­ma que todo aquel que fuese desprendido de hombros podía llegar a lucir una espalda digna de un jugador de "fútbol" ameri­cano.

Durante los fines de semana, en la corta salida del do­mingo, no había váter de bar, papel de seda o de textura más o menos suave, que no pasase a engrosar el al­macén del pín­fano y como la denominación de papel higiénico resulta­ba más bien "cursi" pasó a llamarse "papel para el pecho".

Bien, pues ahí hemos dejado al pobre Higinio en la te­rrible tragedia que se le avecinaba. A él no le preocupaba la colitis, extrañarle ya le extrañaba pues ir al váter es para echar algo y la máquina más perfecta de funcionamiento con el míni­mo de consumo es un pínfano, eso si, lo poco que le eches lo aprovecha en un 100% por eso estaba muy mosqueado con lo que quisiera su cuerpo evacuar pero...

Lo terrible, lo horrendo, lo fatal es que con esta histo­ria había disminuido enormemente su reserva de "papel para el pecho". Hoy venía el médico y desde lue­go esperaba que el remedio fuese rápido y eficaz. Había que ver al pobre Higinio cuando salía del botiquín con el remedio universal: dos bucofaríngeos.

Era maravilloso, llegabas con un dolor de cabeza, se echaba las gomas a las orejas te auscul­taba y ¡hala! dos bu­cofaríngeos.

Te habías dado un bofetón de aúpa en el frontón y lle­gabas con una muñeca inflamada, sin problemas, ausculta­ción y dos bucofaríngeos.

¿Qué esperaba Higinio que le iba a recetar, arroz coci­do y carne de mem­bri­llo? Nada, nada, todos lo mismo para que no hubiese favoritismos.

La verdad es que siempre creí que el médico nos con­fundía con los Niños Can­tores de Viena, solo le preocupaban nuestros pulmones y nuestra garganta.

Cuando al pobre Higinio en su enésimo viaje al país de la taza y la cadena, sólo le quedaba como medio confeti para limpiarse, la sagrada providencia hizo que el mariachi, ben­dito donde los haya, estuviese leyendo el ABC. Higinio, páli­do, con paso lento y vacilante (la verdad es que no se va muy rápido cuando tienes que an­dar apretando el culo) y po­niendo en su voz toda la dulzu­ra de que era capaz, le dijo al inspector:

- "Si ha leído ya ese periódico ¿podría dármelo?"

El interrogado, con cara sorprendida de que un pín­fano se interesase por un mundo exte­rior a las tapias del colegio, preguntó a su vez:

- "Y usted señor Zarzoya ¿para qué quiere el ABC?"

Higinio como la cosa más normal respondió:

 - "Lo necesito para el pecho".

Hacía no más de dos días que por la televisión habían echado un reportaje de una anterior vuelta del Tour en la que los ciclistas, al terminar de coronar un puer­to, para pa­rar el aire se me­tían papeles dentro de su camiseta.

Al oír aquellas palabras el mariachi y recordar el re­portaje, a la vista de lo que veía enfrente de él casi con lágri­mas en los ojos le pasó el periódico.

Higinio no tardó ni un segundo en desaparecer en el váter y durante aquella semana su culo fue el más informa­do de todo el colegio por pasar por él todas las noticias de interés nacional e in­ternacional.

Lo curioso fue que a partir del día de la fecha el ma­riachi cada vez que veía a Higinio le pre­guntaba si tenía frío y le hacía abrocharse hasta el último botón de la camisa di­ciéndole con una voz aflautada:

- "Venga, venga señor Higinio que luego se le mete el frío en el cuerpo y se le pone muy mala cara."

Hace poco me enteré de que el Mariachi todavía vive con sus ochenta y largos años y que goza de una memoria envidiable. Me gustaría preguntarle si ya sabe lo que es "el papel para el pe­cho".

Para Navidades ahora con mis hijos nos regalamos lo típico en esas fechas en­vuelto en unos papeles de seda sua­ves, blancos inmaculados y que huelen maravi­llosamente. En mi casa aseguro que no falta el papel higiénico; pero cuánto hay de fetichismo, de morbo o simplemente de nos­talgia, cuando tomo las envolturas de los regalos y...

CAPITULO VII

## HOY TENEMOS ARROZ CON LECHE

La Irene depositó la bandeja del pollo con tomate en medio de la mesa de los cuatro comen­sales. Como siempre Higinio echó un vistazo e hizo la misma refle­xión. Debía ser avestruz pues los trozos que se veían eran cuello y culo aunque, la verdad, flotaban varias piezas que podían ser apreciadas. Lo cierto es que el pollo podía ser apetecible pero el tomate lo mataba. Tenía un punto ácido que a veces re­cordaba el olor a la tinta de escribir.

El ritual se repetía: cuatro manos sacando dedos y por riguroso orden, empe­zando por la de­recha, se iban esco­giendo sin ningún pudor ni recato los mejores trozos para sí mismo. Era tal el vicio y la manía de " echar dedos" que se usaba hasta para elegir los montones de galletas que, en nú­mero de cinco, algunas veces nos daban de postre para ce­nar.

Higinio recordaba que le habían contado que ahí en la mesa que hay al lado del ventanuco por donde sale la comi­da, se sentaba su padre pínfano y que con los otros tres com­ponentes de la mesa habían batido el récord de comer pelo­tas.

Contaban que el récord individual estaba en 30 y el de la mesa en 100. Pues bien, aquellos tragaldabas decidieron en complicidad con el resto del colegio en su­perar la prueba. De primer plato hubo sopa de fideos, el resto del colegio les decía que no comiesen para hacer más hueco, pero siguien­do la máxima pínfana "antes reventar que tirar" se co­mieron su ración.

Salieron la pelotas, 5 por cabeza; las suyas desapare­cieron por encanto y empe­zaron a acu­dir a su mesa las ban­dejas con las renuncias de los demás compañeros para hacer caer el récord.

¡Y cayó! Toma si cayó.

El récord individual quedó en 33 y el de la mesa pasó de 100 a 124. Los resul­tados públicos fueron:

Balmori .................. 33

Faro ..................... 33

Pindao (Pichurri) ...... 30

Guillén ................... 28

Como muestra de chulería salieron del comedor co­miéndose el bocadillo de la merienda. A partir de aquel día se les llamó " los insaciables".

Todo esto recordaba Higinio mientras devoraba sus piezas de pollo cuando ¡sorpresa! de postre tenían arroz con leche. Este plato ya era costumbre comerlo ha­cia abajo. Era tal la consis­tencia que vuelto el plato se le clavaba la cucha­rilla de abajo a arriba y se sacaba hacia afuera. No sé el po­der alimenticio de aquel cemen­to, pero nos llenaba el estó­mago y le daba una sensación de saciedad que duraba días.

Estaba en aquella faena cuando la primera pelotita de arroz con leche se pegó en el techo. A esa siguió otra y a esa otra. En el colmo, apareció una bolita pegada que le colgaba un muñequito de papel.

Todos los días un inspector comía con nosotros para vigilarnos y ese día estaba "el Calvo". Cuando vio semejante tropelía pidió culpables y como siempre nadie se presentó voluntario. Entre los elegidos Higinio, al paredón, o sea al despacho del "senor diretor". Gritos, palabrotas, promesas de expulsión etc., etc.… todo normal.

Todavía hoy se pregunta Higinio por qué no pasó nada, qué estrella divina les sacó del apu­ro. Algunos opinan que "Papá Villalba" tuvo algo que ver, o sea que la estrella divina tenía cuatro puntas.

A partir de aquel día hubo para comer lo de siempre: más avestruz, tiburones (sardinas así de pequeñas), filetes tí­midos (los muy puñeteros se escondían debajo de una pa­tata frita), tomati­tos y lechuga en cantidades masivas, pelot­as... hubo de todo pero el arroz con leche desapareció del menú.

Hoy Higinio recuerda aquellos días y muy especial­mente cuando ve coliflor con patatas que recuerda a su ami­go "el Hipo" (llamado así porque cuando le daba era ca­paz de estar tres horas dando unos hipos terribles que recorda­ban al grito del mambo de la Orquesta de Pérez Pra­do), el cual se metía un gran plato entre pecho y espalda, de los cuales estaba bien dotado, la ración de al menos seis y por la noche se ponía malísimo y daba unos ¡ayes! lastime­ros to­cándose una tripa enorme, hin­chada y tirándose unos pedos que no dejaba dormir a nadie.

El otro día con sus cuarenta y siete años Higinio comió en casa de su hermano y a la hora de los postres su cuñada anunció:

 - ¡Hoy tenemos arroz con leche!

Higinio se quedó mirando al plato, fijamente; y al rato ya no lo veía, estaba le­jos, muy lejos, estaba a muchos años y veía rostros y oía voces y sus ojos se llenaron de lágrimas.

P. D. Esta historia que cuento en boca de Higinio podía haber sido escrita con nombres y apellidos reales, pero si una historia ha tenido más protagonistas que esta, creo que descontando el episodio histórico de los 100.000 hijos de San Luis, ninguna.

Debido a mi mala memoria he interrogado a más de 30 pínfanos y todos sin excepción tira­ron pelotillas al techo y estuvieron en el despacho del "senor diretor".

Ante la posibilidad de dejar a sus verdaderos héroes sin nombrar y poner al­guno de clavo, cometo la argucia de ponerla en boca de este Higinio que es un poco yo y un poco todos.

CAPITULO VIII

## LOS VIRUS

Hay motes que caen por su propio peso y a lo largo de mi vida he oído algunos francamente buenos. Recuerdo de mis tiempos académicos de cadete aquel Teniente Coronel bajito y con cara muy arrugada, muy arrugada que le lla­mábamos "el Ber­berecho"; o aquel otro Comandante muy alto pero de espaldas estrechísimas y de culo enormemente gordo, conocido como "el Calisay".

Luego a la hora de poner los motes está la oportuni­dad.

Después de una semana a aquel Capitán no había ma­nera de ponerle mote.

Llegó el sábado con su revista de taquillas y de policía; terminada y formada la compañía en el pasillo dijo:

- "No me gusta nada la tónica de la Compañía".

De 100 gargantas al unísono sonó como una sola voz.

- "¡EL SWEPPES!"

Bien, pues anterior a estos casos, en el CHOE el perso­nal estaba inquieto. Se rumoreaba que en el colegio se iban a instalar los que estudiaban carreras civiles.

Los "uni" como se les empezó a llamar, eran aquellos pínfanos privilegia­dos que estudiaban en la universidad y tenían la gran suerte de.... no de comer en los esta­blecimientos donde estudia­ban, no a eso no. Todo el mundo sabe que el individuo que se alimenta de patatas toda su vida no echa en falta la langosta, puesto que no la conoce.

Tampoco tenían el privilegio de salir todos los días. No a eso tampoco. ¿Qué iba a a hacer un pínfano con su liber­tad?, seguro que se pondría a recoger "pavas" por las calles como un loco o recogería de las papeleras toneladas y tone­ladas de "papel para el pecho".

Y que decir si todos los días tuviese que vestirse de paisano abandonando su cascarón, su intimidad, su tigre, su identidad. En una palabra, ¡su trapillo!

No, verdaderamente esos puntos no eran ventajas, lo auténtico, lo real, lo envi­diado, el sue­ño, el privilegio de los privilegios, el sumun... ¡era ver tías todos los días!, y como toda considera­ción al respecto me parece obvia o evidente, dejémoslo para otro momento.

Hemos dejado al resto del pinfanato pensando en lo que se les venía de nuevo al colegio cuando sonó la voz "del Calvo" que avisaba: "Todos a la sala de juegos, les va a ha­blar el senor di­retor". Era tan bruto que estoy seguro de que hablar lo decía sin hache.

En tres filas nos... más o menos formaron y "el Zupo " nos largó la perorata que, como siem­pre en el mejor estilo castrense, fue precisa, concreta y escueta. (cuánto hubiese dado porque pos­teriormente algunos Generales, sin ir más lejos Iniesta, hubiesen hecho buenos en sus discursos estos tres conceptos y sobre todo el último).

- "A partir de la semana que viene se van a instalar en este colegio, los alumnos de carreras civiles, espero que el virus que lleva consigo la vida universitaria no os haga me­lla".

La suerte estaba echada, es algo así como decir: el mote estaba puesto... ¡LOS VIRUS!

El primer día que vi a uno... me esperaba que sería un ser cabezón, con gafas, hombros es­trechos, muy cursi y que me iba a tratar con desprecio y ¡anda la osa! era una foto­copia mía, más limpio eso sí, pero la verdad es que me sor­prendió. Tan en la cabeza se me había metido aquello de los virus que yo mismo casi me defrau­dé.

Hace poco uno de mis hijos se puso enfermo y el mé­dico sentenció que había sido un virus. No pude menos de sonreír y le comenté: " si en vez de un "virus" le ataca uno de preparación mili­tar podía haber sido mucho más grave."

El médico me miró con cara de aspirino (en este caso me refiero al marido de la aspirina ) y encogió los hombros.

Lo que no podemos olvidar nunca es que el virus, pese a todo, es un pín­fano y como tal me­rece respeto y a él dirijo estas líneas.

Tú que naciste de una viuda

por lo que eres un pobre pinfanillo

no albergue tu alma ni una duda

de que somos hermanos de trapillo.

Lo normal es estudiar para cadete

y dejarse llevar por nuestros idus

¡pero no! tu libro de petete

decía que tenías que ser virus.

Recuerdo que la amistad es una joya

que el tiempo estropear no supo

y nos unen, la quiniela y "la poya"

el trapillo, "el Calvo" y hasta "el Zupo".

Por supuesto que se han dado casos de deserción que después de pasar por preparación mi­litar terminaron de vi­rus aunque esto no es una deserción pura, po­dríamos lla­marla un cambio de chaqueta necesario.

CAPITULO IX

## EL HÉROE

Los atacantes eran mayores en número y la cosa estaba muy fea. Aquella posi­ción defendida por aquel puñado de regulares parecía destinada a ser aniquilada o rendida.

El jefe de aquel reducto estaba herido de un balazo en la rodilla izquierda, lle­vaban todo un día combatiendo pero por la cabeza de aquel capitán ni siquiera había pasado la idea de rendirse. Sus órdenes eran de aguantar a toda costa y aguantarían.

Al tercer día la rodilla tenía un aspecto muy feo; al­guno de los regulares había dicho que, amparándose en la noche podían sacar a su Capitán y llevarlo a reta­guardia. Al insinuárselo, aquel hombre pequeño se volvió un gigante y sacando su pistola avisó, que si se intentaba, se lle­vaba pues­to al primero que lo tocara.

El Capitán aguantaba con un tosco vendaje y arras­trando su pierna recorría la posición, daba órdenes de tiro, repasaba la reserva de munición y granadas y daba ánimos a los heridos. Él dando ánimos, él que cuando nadie lo veía se cogía la rodi­lla y casi gritaba de dolor.

Cuánto daría por echarse a la boca un pitillo de pica­dura, de esos que con el cuarterón de la ración de combate, ese de un paquete verde, se hacen unos liados cargados y duros que como por arte de magia desaparecen en pocas chupadas en su boca.

Aguanta y calla y sólo se olvida de su dolor cuando el enemigo ataca y la adre­nalina se sale a borbotones. Le han ordenado que aguante y aguantará.

Sus regulares le respetan y le admiran en una mezcla de amistad y orgullo de estar a las ór­denes de un hombre que es capaz de aplicar la disciplina militar, y lo estaba de­mostrando, como de preocuparse por los problemas tanto castrenses como particulares de cada uno de sus soldados.

Había pasado una semana y cuando ya sólo quedaba prácticamente la muni­ción de las recá­maras, el comer era un recuerdo en el tiempo, las gangrenas el fac­tor común de las heridas y lo único que alentaba a aquellos hombres era la postura inquebrantable de su Capitán, llegó su libe­ración. Su hazaña fue de boca en boca, el mando estudió el caso de aquel hombre, que cuando todo se puso en contra él supo cumplir como el mejor. Y no solo él si no hacer que aquel puñado de soldados fuesen rocas clavadas en el suelo.

Como todas las mañanas, sentado en la mesa donde los inspectores comían, con un insepa­rable pitillo pegado a la boca y con una leve sonrisa, el Páter del Colegio de Huérfa­nos de Cara­banchel Alto veía como se jugaban a los dedos su ración de galletas, pues él sólo se tomaba su café con leche. Era la única comida que hacía en el comedor, el resto del día la capilla y su cuarto eran su puesto.

El cuarto del Páter era el muro de las lamentaciones, el reducto de las confesio­nes, el lugar donde consolarse y en­contrar una voz amiga que te reconfortase.

"¿Qué pasa maño?", era muchas veces el preámbulo de una conversación larga, tranquila, mitad confesión mitad cuchicheo, mitad sermón mitad penitencia, que te hacía salir de aquel cuarto con bríos y ganas de seguir adelante.

Hoy guardo en mi casa un retrato de mi padre pintado por él. Soy quizás el único que tenga un cuadro suyo y lo guardo como el tesoro que te ha donado al­guien especial.

Escondido, muy escondido en un armario de madera oscura, había entre sotana y un cléri­man, un uniforme casi desteñido de Teniente Coronel de Regulares que en su pecho ostentaba la medalla militar individual. Estuvo a punto de ser laureada.

Para mí que de todo esto me enteré, no por sus labios, sino por casualidad y cuando ya esta­ba fuera del colegio, la laureada se me queda pequeña para premiar a aquel ser maravilloso, hu­milde, volcado a su tardía vocación, de una paciencia ra­yana en santidad que por lo menos a mí me hace sentirme bien el haberlo conocido y tener el orgullo de, en alguna ocasión, fui motivo de su atención.

Páter Luis Cuevas, allí donde estés, no te olvido, estás en mi corazón.

CAPITULO X

## EL 716

¡Madre mía! La cantidad de veces que el pobre 716 habrá escuchado en más de mil versio­nes...

- "Este año tiene que ser último. Me tienes que echar una mano, yo te juro que si ingreso...".

Lo que son las casualidades, tengo un pariente que es el 692 que ahora trabaja en Iberia (o sea que no ingresó) y me contó la historia.

Debió ser por los aledaños del 60, año arriba o abajo. Visto desde la perspectiva de nuestros años actuales podía­mos decir la clásica frase de "cuando se hacían guardias con arcos y flechas" (lo de las flechas que cada uno lo tome como quiera).

En el CHOE el Coronel vestía de uniforme de los de las botas de montar, cuello cerrado y un buen puñado de meda­llas en el pecho.

Los inspectores eran ayudados por otros pínfanos que llevaban un galón en el pecho que se me antojan a los "ca­pos" de los campos de concentración judíos.

Las ordenes dentro del colegio se regían por toques de trompeta, se hacía ins­trucción con mosquetones de madera y al que se portaba mal nada de dejarlo sin postre, al calabo­zo de cabeza.

En este ambiente idílico surgió la tragedia. Un pínfano cuyo nombre ha sido capaz de me­morizar dio "el keo". Si su madre no se sana de una dolencia interna ha­brá un pínfano por partida doble.

El problema no está en la operación, sino en un medi­camento o un tratamiento que vale 3.000 pesetas que hay que pedirlo al extranjero y que la asistencia farma­céutica militar no acoge, con lo cual todo el gasto ha de asumirlo la viuda.

La trompeta del Juicio Final ha sonado. Los pínfanos están en pie de guerra.

Todos los asuntos se posponen, acaba de quedar rele­gado a segundo término todo lo que no sea cómo encontrar dinero.

Se llamó al CHA (Colegio de Huérfanos de la Armada), al CHAPA (Colegio de Huérfanos de la Policía Armada) y a todos los C.H. del listín de Madrid.

Se organizan rifas, cuestaciones, venta de chatarra y cristales, consecuencia de esto desapa­recieron 20 literas vie­jas del almacén con el consiguiente escándalo.

A la vuelta de un mes, delegados de los distintos cole­gios se reunieron.

Cuando hablo de delegados es curioso, pero siempre nos representamos en la mente al dele­gado como un tío se­rio, responsable, en fin resumiendo un "repipi". Pero claro, eso ocurre en la so­ciedad normal llena de normas estrictas y escritas. Entre pínfanos, es curioso, el delegado es un tío aclamado por la mayoría (la demo­cracia es pínfana) que normalmente es un punto que está meti­do en todos los follo­nes, jaleos, bullas, motines y mítines de los más variopintos objetivos.

Suele ser un buen deportista, un especialista en plan­char problemas y chule­tear exámenes que al final de su vida pínfana tiene solo dos salidas: o la A.G.M o al­gún puesto im­portante dentro de la vida pública o comercial, Iberia, Gale­rías Pre­ciados, Pryca, I.B.M, jefe de galería en Alcalá Meco, etc.

Como decíamos, los delegados se reunieron con la re­caudación total de 2.800 pesetas. In­creíble, una vez más los pínfanos habían logrado otro milagro.

Por otro lado "la viuda" no se había estado quieta. No sabemos nosotros nada de lo que ha sido capaz cada una de nuestras madres para sacar a su prole adelante. Total, que llamada aquí y allá, suplicando, llorando y rogando, la viuda comunica a su retoño (angelito de 18 añitos, dulce animali­llo del colegio de Santa Bárbara, o sea "un bárbaro") que des­pués de un mes de peregrinar por oficinas, asociaciones, y congregaciones de carácter benéfico, ha conseguido reunir las dicho­sas 3.000 pese­tas.

Alegría, sorpresa, preocupación, deliberaciones y de­más soluciones di­ver­sas.

Los delegados están perplejos. Imposible devolver el dinero. La contabilidad nunca ha sido un plato fuerte del pínfano.

Después de algunas soluciones la mar de curiosas que­dan dos encima de la mesa.

O hacer una fiesta que ni los más viejos del lugar re­cordarán o hacer donación a alguien o a algo de aquella fortuna.

¡Increíble! Los pínfanos decidieron el adquirir un San­to Cristo, para la capilla del colegio, que recordara la epope­ya de la postulación de los distintos C.H. en un objetivo no­ble.

Cuando el Cristo tomó posesión en la capilla, alguien apuntó:

- ¿Este es pínfano o aspirino?

El ser pínfano es tener el padre en "la Gloria", la solu­ción era obvia. Era un pínfano.

Ahora bien, todo pínfano tiene su número.

Se habló con el director y afortunadamente no era "el Zupo" pues de serlo me imagino a dónde hubiesen ido la co­misión del Cristo y hasta el mismo Cristo. Total que se miró la lista y ha­bía quedado en el 715.

Cristo, pínfano número 716.

No tiene ni sección ni dormitorio.

Por prerrogativa divina vivirá en la capilla.

A partir del día de la fecha está condenado a soportar todas las lloradas de sus compañeros de pinfanitis y a elevar a la superioridad todas la peticiones que se le hagan.

Como recompensa recibirá las cadeteras de los com­pañeros que ingresen.

Tres notas para el final:

- En la época que ocurrió esta historia una barra de pan costaba 5 pts., un litro de leche 10 pts., y un kilo de car­ne 20 pts. Una viuda de Comandante con tres hijos cobraba 1.123 pts. al mes.

-Pese a su enchufe, el 716 no ingresó.

-El pínfano 616, pasó a llamarse San José.

En fin, así me lo contaron y así lo cuento y si no fue así, mereció serlo.

CAPITULO XI

## LA INMACULADA

Tengo en mis manos un programa amarillento en for­ma de tríptico, adornado en su interior con una "estampa" de la Purisima Concepción de Murillo y relata lo que era el día más grande en la vida del Colegio.

Programa de fiestas que el Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército de Carabanchel Alto dedica a su excel­sa patrona María Inmaculada.

8 de Diciembre de 1966.

De esta forma rezaba en su portada. En el interior paso a relatar, ya comentado, lo que era y para mí sigue siéndolo pese a las influencias de El Corte Inglés el Día de la Madre, que para un pínfano como es natural y lógico pasa a titular­se el Día de la Viuda.

DIA 7

Final de las competiciones deportivas. Balonmano, ba­loncesto, frontón y atle­tismo.

Si una persona ajena al colegio echase un vistazo a este programa pensaría que un mes antes los distintos equipos habrían hecho los octavos de final y después unos cuartos etc., etc.

¡Qué risa! Como podría hacerse eso sí sólo teníamos un equipo. Se formaba, se entrenaba y después retábamos a los de Carabanchel Bajo, víctimas propiciatorias y cómplices indirectos de nuestros triunfos.

Cómo podrían ganarnos si al marcar el campo de ba­lonmano, con un palo so­bre la tierra, claro, lo de la cal y el césped era para gente civilizada, cómo repito po­dían sólo intentar un "tet a tet" si su área siempre era menor que la nuestra. Lo cu­rioso es que si protestaban se medían unas sie­te veces y siempre daba que eran iguales.

Como podían ellos saber las imperfecciones de los ta­bleros de baloncesto que si tirabas nor­malmente no entraba el balón ni con vaselina.

Había que saber que el tablero pintado de rojo tenía el aro más duro que el pintado de azul y que este último si ti­rabas a la derecha del aro había un nudo en la madera de tablero que hacía que el balón bajase como una flecha.

Y qué hablar del frontón. Cómo competir con un zur­do que a ojos vistas tenía la parte dere­cha del cuerpo como "Rambo" y era su parte floja al lado de su izquier­da. Cómo ganarle a un hombre que era el rey en que la pelota diese entre la pared y una canalera y cayese rebotando de una a otra posándose suavemente en el suelo del frontón. Hubiese sido imposible repetir la hazaña de hacer que la pelota rebo­te 12 veces en 12 tantos no en el suelo sino en la ventana de la iz­quierda o en las columnas de la pared derecha.

Para finalizar decir que cuando todo esto lo tenías controlado y corrías como un poseso a es­tos puntos, aquel malvado zurdo podía soltar un zambombazo que ponía la pelota a 30 metros del frontón, con lo cual la moral y por supuesto la forta­leza sufrían un poquito.

En fin, cómo un pobre pínfano del Bajo iba a ser rival del 1009, un tal Felipe García Gómez, el zurdo con más "Gó­mez" que he conocido.

Finales de atletismo.

Quién es capaz de conocer en un simple reconoci­miento del terreno, dónde está el maldito hoyo que siempre que corres hace que te dé un tirón la pierna. Cómo apreciar que en la mitad del pasillo de salto de longitud hay un mon­tículo que te hace perder el paso. Cómo saber que al so­porte izquierdo de la barra de salto de al­tura le puedes pegar una patada, que el listón ni se inmu­ta. Cómo saber que el peso que lanzan los del Bajo y los del Alto no son iguales por que hay uno que está hueco.

En fin como se podrá deducir de estas pequeñas tro­pelías, los del Bajo subían a pasar la tar­de, comerse un boca­dillo y ver a sus hermanos mayores cómo se diver­tían con sus hermanos pe­queños.

¡Ah! Una aclaración, aunque también era su patrona "las finales deportivas" nunca se cele­braron en sus instala­ciones.

Está claro.

Sigo el programa.

A las 18.00 horas: Final de la competición de los jue­gos de ping-pong y aje­drez.

Sería porque nunca me fijé, sería porque coincidían con el atletismo, la verdad es que no sé si se celebró nunca una competición de estos dos últimos juegos.

Estoy convencido de que cuando estas líneas caigan en manos de mis compa­ñeros, seguro que me recordarán ami­gablemente (que Dios nos coja confesados) más de mil anéc­dotas que aho­ra mi mala memoria me niega. La visión de un pín­fano pensante ante un tablero de ajedrez casa poco con la visión que tengo de noso­tros mismos, pero...

¡Que suenen las fanfarrias, timbales y chirimías, todos en pie, el Himno Nacio­nal!

HA LLEGADO EL DÍA 8

Para empezar hoy nos vestiremos de personas. Dejare­mos en la taquilla nuestro trapillo y nuestras sandalias y hasta nos pondremos calzoncillos limpios.

Somos así. Pasamos de la armadura y de las abarcas al algodón, al tisú y al cue­ro repujado. Es una forma muy ele­gante de decir pantalón vaquero y mocasines.

DIA 8

|  |  |
| --- | --- |
| A las 8.00 horas | DESAYUNO |
| De 10:30 a 11:00 | MISA DE COMUNIÓN |
| De 11:00 a 13:00 | ENTREGA DE PRE­MIOS |
| De 13:00 a 14:00 | SESIÓN DE CINE |
| De 13:00 a 14:00 | CONCIERTO DEL QUIN­TETO DEL COLEGIO |
| A las 14:00 | Comida bajo la presi­dencia del señor Coronel Director, con asistencia del profeso­ra­do y em­pleados del cole­gio |

 ¡Dios mío! Cómo empezaba el día. Anunciando el desayuno, que en un apar­tado decía: mi­nuta (siempre he pensado que esta palabra es muy pínfana pues debe llamar­se así por el tiempo que a un choetano le dura la comida más copiosa del mundo en el plato).

Chocolate, vaso de leche, churros, mermelada y suizo.

Tan separados estábamos del mundanal ruido que hubo alguno que preguntó qué era el sui­zo. Las respuesta eran variopintas.

Desde que al ser mejor la leche la suiza por no repetir en el programa otro vaso de leche, con poner suizo se so­brentendía. Hasta hubo uno que dijo que durante el des­ayuno vendría Guillermo Tell a contarnos alguna batallita.

La verdad es que allí ponía "churros" y al menos nos comeríamos 2.

A las 10.30 horas misa de comunión. Qué pasa, ¿qué el resto de las misas no son de comunión...?

Después llegaba la entrega de premios donde a los ga­nadores de cualquier prueba de los días anteriores se les en­tregaba un sobre con dinerete.

En la capilla se cerraban mediante puertas o fuelles, el Altar Mayor y la capilli­ta del 716, quedando un magnifico salón de actos que era el marco ideal para cual­quier cele­bración. En ese marco excepcional se iban nombrando a los héroes que de uno en uno salían a recibir su óbolo.

Siempre dije que esa entrega de premios se podía cele­brar antes de los juegos. ¿Quién iba a quitarle el premio de frontón a Felipe?, ¿y el correr en lo que fuera a Balmori?, ¿y si era a saltar a Juan Enrique García Sánchez (número 1148)? Así y todo el protocolo era el protocolo.

Yo me llevé un sobre que decía (el cual todavía guar­do):

Al mejor deportista . . . . . . . . . . 50,- Pts.

Lo que se traduce que participé en todo y no gané nada.

Después de esto venía el cine que si he de ser sincero y como estaba en lo del quinteto que estaba a continuación, o sea más nervioso que un flan y dando y dando los últimos guitarrazos, no recuerdo la película que nos sacudían pero conociendo el percal apuesto por "La fiel Infantería", "Bien­venido Mister Marsall" o "Locura de amor" que todo podía ser.

A continuación lo del quinteto.

La verdad es que se traducía en una serie de actuacio­nes de todo tipo que te­nían como nú­cleo central o plato fuerte al quinteto "músico-bocal" Promoción XXVI.

(Teníamos a un cantante con cierto aire de Elvis en sus movimientos, con su mandíbula lige­ramente torcida y con su maravilloso carácter que llevaría un libro así de gordo hablar de él. Sólo diré que mi cariño por su persona me obligan a ob­viar todo lo que no sea anécdota por no ser yo en absoluto objetivo).

En plena actuación del conjunto Chiqui se contorsio­naba al ritmo de la música y su cara re­flejaba ese éxtasis que los músicos sienten dentro.

"El Zupo" en un alarde de displicencia (estábamos en el día de La Inmacu­lada) observó:

- Chiqui tiene que ir al botiquín, por la cara que pone y por lo que se retuerce debe tener úlcera o algo del estóma­go.

En fin la verdad es que el Teco-teco, Medina, Javier Cánovas, Chiqui y yo con unos medios más que discretos, conseguidos según supimos más tarde con el pecu­nio del Padre Cuevas, hacía­mos aquellos ruidos que decían música, que cantábamos en italiano (macarrónico) que era lo que se llevaba y que nos quitó alguna hora de estudio obligatorio, lo cual se puede clasificar de mila­gro.

Y por fin LA COMIDA. Lo anterior y lo siguiente eran meras anécdotas, pajillas en el viento, pelusillas.

COMIDA

|  |  |
| --- | --- |
| Entremeses | Queso, jamón, salchichón, acei­tunas y vino |
| 1er plato | Consomé de pollo |
| 2º plato | Merluza con mayonesa y espá­rragos |
| 3er plato | Pollo asado con champiñón y en­salada |
| Bebidas | Vino tinto |
| Postres | Manzanas, plátanos, tarta helada, café, anís o coñac |

Este menú era leído, releído, "memoriado", cantado y rezado desde los 10 días de antelación que era cuando nos entregaban los programas.

¡Pero lo habéis leído bien!

En los entremeses había hasta eso que llaman jamón. Pequeño, delgado, solita­rio, con más tocino que otra cosa pero ¡jamón! Y el vino, ¿que tenéis que decir del vino? La verdad es que no lo querría un pacifista. Lo digo porque más que peleón era un "boina verde cabreao" pero vino al fin.

Consomé de pollo, nada de avestruz, consomé y con la merluza mayonesa. Nada de mahone­sa traída de Mahón, mayonesa fresca del año, hecha en Mayo, de ahí su nombre.

Y luego pollo y más vino y frutas y tarta fría (lo de he­lada, dadas nuestras ins­talaciones era difícil) y agua negra que llamaban café y licores. Total un derroche.

¡Ah! y nada de productos extranjeros, champiñón y coñac, que los "cham­pig­nones" y el "cog­nac" son frivolidades y aquí somos muy españoles.

Total que todo esto que a cualquiera hubiese hecho quedarse como una boa a un pínfano todo esto se le podría dar a comer de nuevo a los 10 minutos de termi­nar.

Reza el programa que el día 9 a las 8.30 horas misa de difuntos en sufragio de los padres de los alumnos huérfanos, de los jefes, oficiales, profesores y alumnos fa­llecidos.

No tengo buena memoria pero no sería nada de extra­ñar que para poner orden en nuestros espíritus después de tanto desenfreno, nos nos metieran dos exámenes de 6 ho­ras, uno de trigono­metría espacial y otro de teoría de erro­res, pongo por caso.

Y otra vez a la rutina, Correa Morilla queriendo dar un parte de la Antonia que nunca dio, Molano chillando más que de costumbre, Navas haciendo de... de Navas y todos de vuelta a nues­tras manías y ya casi oliendo a Navidad, que lo de oler a un pínfano siempre se nos ha dado muy bien.

CAPITULO XII

## EXAMEN

Hace pocos días.

- Hijo, ¿hoy qué tenéis en el instituto?

- Nada importante. Un examen en forma de test. Me­dia hora y a tomar el sol al parque.

Y se fue tan feliz al examen.

Hace algo más que unos pocos años.

- Mañana examen. El libro primero de Análisis mate­mático, 10 preguntas y 4 problemas.

¡Madre mía! (traducido a pínfano ¡la viuda!) 6 horas de sufrimiento, parto, es­trujamiento cerebral y fumada de pavas en grado sumo. Y lo que más animaba era nuestra es­pecial forma de test.

- Diga todo lo que sepa de las ecuaciones diofánticas.

Había auténticos artistas de unir la pregunta con el teorema de Pitágoras, con el triángulo de Tartaglia y la caída del imperio romano de Occidente, con lo cual llenaban fo­lios y folios que a los pobrecillos que estábamos a su lado, que nuestros conocimientos y habilidades eran más bien es­casillos nos daban un complejo tre­mendo.

- ¿Que se yo de ecuaciones diofánticas?

Si fuese de ecuaciones dio-fácticas o de ecuaciones pónticas. Para canciones fantásticas las de la tarde del Do­mingo con Angelines. Qué risa mas tonta le entró cuando le dije aquello de:

- Angelines se te ven los pirulines.

Y después... ¡Ah! Después cuando...

Señores, la trampa acaba de caer. Se impone un éxtasis transitorio en el cual el pínfano des­aparece del lugar físico en el que está, para que su espíritu haga la tras­lación más absurda y más extraña por los lugares más fabulosos que seamos capa­ces de imaginar.

Si observamos su cara de cerca, veremos que no ve, es­cucharemos que no es­cucha. Sus pu­pilas están dilatadas, una cara de pánfilo y de lelo impronta su cara. Está relajado, su respira­ción es lenta e incluso un poquillo de baba le pue­de caer de la comisura de sus labios.

A esta situación, a este viaje astral el pínfano le ha bautizado como "PENSADA".

Es el arma secreta del pínfano. Las cosas pueden ir mal, el que te habla puede ser un ladrillo tremendo, lo que estás viendo puede ser desagradable o traerte sin cuidado, entonces en ese mis­mo momento se impone "LA PENSADA".

Estoy convencido de que un ser psíquicamente inven­cible es un espía pínfano.

Me imagino a la C.I.A. o a la K.G.B. intentando sonsa­car algo de dicho persona­je y él a lo suyo. Físicamente está allí pero su espíritu... si ellos supieran.

- ¡Díganos cuáles son los planos de sus aliados!

El pínfano analiza.

 - ¿Planos de aliados? Yo sí que me he liado con algu­nos planes... y para plan, el de Angeli­nes "la de los pirulines", aquella que conocí cuando estaba en el CHOE. Recuerdo aquella tarde que... ¡Ah! y después cuando...

- ¡Háganos un examen analítico de la situación!

El pínfano analiza.

-¿Examen analítico? Qué sabrán estos de exámenes. Para exámenes analíticos y matemáti­cos los que nos clava­ban en el CHOE. Seis horas seis. Recuerdo uno que nos pre­guntaban por la ecuaciones diofánticas que me metí una "PENSADA" CON ANGELINES "la de los pirulines" que... ¡Ah! y después cuando...

Total lo dicho. El espía pínfano terminaría con toda la paciencia, lógica y sabi­duría de aquel que intentara sonsa­carle lo que fuere.

Esta propiedad que parece en sus principios buena, es también un problema si no se sabe dominar. Sabido es que nuestro mundo está más lleno de cosas desagra­dables que buenas, bellas y bonitas (recordar aquello del valle de las lá­grimas) con lo que corres el peligro de pasarte la vida en "UNA PENSADA" sin fin.

Sócrates dijo del hombre que era la medida de todas las cosas en tanto que piensa. Eso está bien para la normali­dad de las personas pero para un pínfano no sé si vale la de­finición porque a saber que es en lo que piensa.

De todas maneras a Sócrates le tachan de pensador pero yo creo que jamás se pegó una "PENSADA" como Dios manda y menos con Angelines "la de los pirulines" aquella que una tarde yo le dije... ¡Ah! y después cuando...

Higinio como pínfano veterano de primer año de pre­paración militar aprendió.

¡Toma que si aprendió! Aprendió a hablar y pensar como un pínfano, a guar­darse y racio­narse sus papeles para el pecho y a fumar pavas y a tratar a los inspec­tores y no tratar al "Zupo" e ir capeando el temporal.

Lo cierto es que el examen fue un completo fracaso. Dibujos bien hechos sí que había, que un pínfano con un cordón de un zapato hace auténticas maravillas, rec­tas, cir­cunferencias, ángu­los y hasta una copia de la Maja de Goya si hubiese me­nester (la desnuda, se entiende).

Quién no recuerda aquella anécdota de Úbeda (10 67) en la pizarra con el ca­pitán Lobo García. Este último tenía mil veces dicho que para trazar una circunfe­rencia primero había que marcar el centro con un crucecita así de pequeña. Úbeda sin hacer dicho protocolo quiso trazar su circunfe­rencia con el susodicho cordón de zapato.

Al ir a dibujarla el Lobo con aquella voz melodiosa, dulce y acariciadora donde las haya dijo:

-¡¡¡NO!!!

Volvió a intentar el dibujo cruzando los brazos de de­recha a izquierda pensan­do que la cuestión era que saliera de un solo trazo. Lobo espetó de nuevo.

-¡¡¡NO!!!

Volvió el pínfano a retorcerse en su afán de que sus brazos hiciesen la circun­ferencia feliz.

-¡¡¡NO!!!, ¡¡¡NO!!!, ¡¡¡NO!!!

Con cara de desespero, con los brazos caídos y con su voz un poco gangosilla se volvió a Lobo y le dijo:

-Pero bueno... ¿ la pinto o no la pinto ?.

En Londres en el museo de los horrores hay una escena de figuras que repre­sentan los que pasó después...

Como podéis comprobar el autor de estas pobres lí­neas, este modesto escribi­dor, pínfano al fin, en vez de ha­blar de un examen que era la cuestión de este capítulo, na­vega en las nubes, "PENSADA" dejándose transportar por los aires cual su fuese un ángel. Hablando de ángel, me acuerdo de una tal Angelines "la de los piru­lines" que una tarde... ¡Ah! y después cuando...

CAPITULO XIII

## A MODO DE EPILOGO

Como se pretendía en un principio, Higinio se ha transformado. Ya es un pín­fano (¡casi ná... !).

A base de levantarse a las 7 de la mañana, vestirse de trapillo, usar sandalias con calcetines de lana, fumar pavas, aguantar a inspectores, comer arroz con leche, pelotas y ti­burones y sobre todo estudiar. Estudiar hasta lo indecible, soñar con pro­blemas, fichas de física, trigonometría es­pacial, análisis matemático, teoría de erro­res, geometría, etc, etc.

Higinio ha cambiado, a partir de ahora palabras como keo keo, Zupo, Choe, pínfano, pava, trapillo, quiniela o viuda tendrán otro significado distinto al de otra persona que no sea de su en­torno.

-El virus que estaba con el 716 es un aspirino que uti­liza las quinielas para pa­pel para el pecho.

-¡Jo! ¡Que pegada! Su viuda es amiga de Catanga.

-¿Del Evidente o del Zupo?

-¡Keo-Keo! ¡El Cirineo!

Como muestra vale un botón.

Si a su manera de pensar nos referimos, el pínfano Hi­ginio sólo tiene dos fija­ciones, ingresar y mujeres.

“Siento en mi pecho

ostentar los cordones

de la Academia General Militar

cuando con ellos

me presente a mi madre (novia)

cómo voy a fardar”.

Lo de mi madre o mi novia depende del grado de nos­talgia que padezca en ese momento.

Esperará con ansiedad la carta que recibirá la viuda días antes de los exámenes de la A.G.M. que le dirá de parte del Coronel Director aquello de: Su hijo Higinio tiene o no tiene posibilidades de ingreso, por lo que...

Y aquel telegrama postal de la jefatura de estudios de la A.G.M. que le comuni­cará qué día ha de presentarse a los exámenes.

Entre otras cosas le dirán "tiene que presentarse pro­visto de los efectos que a continuación se expresan":

Paso a citar textualmente:

"Efectos:

- Pluma estilográfica. Bolígrafo azul o negro.

- Regla del cálculo.

- Útiles de dibujo. Tablas de logaritmos (Graiño, Sch­ton, Sánchez, Ramos o Ga­llet).

- Diccionario inglés o francés.

- Camiseta, pantalón de gimnasia y alpargatas."

Palabrita del Niño Jesús que ya teníamos zapatillas de deporte.

Total que tenemos a Higinio como un flan colocando la toalla todos los días al pie de su cama, durmiendo apenas, descansando apenas y comiendo apenas, esto úl­timo como siempre y como es natural. Está en el CHOE, ¿que se ha creí­do éste?

Pasará por la clásica crisis de que cada vez se acordará menos de las cosas, de quedarse con la mente en blanco, de que aquello que sabe de sobras no le vendrá a la cabeza, de... en fin qué os voy a contar que no sepáis ya.

Pasará por el almacén donde le sacudirán el uniforme azul con óvalos en las solapas con el emblema del ejército, corbata negra, zapatos negros y calcetines negros.

Entregará a falta de dos días para el viaje a Zaragoza los libros. Se los mirarán uno por uno a ver si los ha deterio­rado, cosa que sí así fuese se los harían pagar y pasará por el almacén a entre­gar sus prendas que sufrirán la misma ins­pección.

Aparecerán por el colegio la lista de los oficiales y jefes que componen los dis­tintos tribuna­les de la A.G.M. y los más veteranos del colegio irán diciendo aquello de.

- Pues este es una madre, pero este otro...

Es curioso pero es seguro que él tiene en el tribunal a las madres y los demás a los otros.

- El Martín Pérez ¡anda que no es majo ese tío! Tú le dices que eres del CHOE y te echa una mano en lo que sea.

Estos que hablan así hablan por boca de compañeros cadetes ya ingresados y que cuentan cómo les va en la Aca­demia.

Esa es otra. Cuando un antiguo pínfano aparecía vesti­do de cadete en el colegio producía más revuelo, admira­ción, respeto y envidia que si un marciano hubiese aterriza­do en la Cibeles.

- ¡Un cadete!, ¡un cadete!

Se le hacía corro, se le escuchaba, se le ofrecía de fu­mar (un cigarro, no una pava) y se que­daba uno con una cara de pasmarote que se tardaba en reaccionar.

En el colegio podían aparecer alféreces, tenientes, ca­pitanes o generales con mando en plaza, pero no, lo que or­ganizaba el revuelo era el cadete. Aquellos angu­litos mara­villosos de la gorra y sobre todo aquellos cordones granate con unos cla­vos dorados dando destellos por doquier.

Después de aquellas visitas se imponía una pensada general.

Zaragoza. Primera visita y a falta del 716 a la Virgen del Pilar. Con fervor, de­voción, súplica, lágrimas y miedos le pedíamos el ingreso.

Higinio no faltó a su cita a los pies de la Pilarica y cómo estaría que ni se enteró de la cagada de paloma que llevaba en el hombro derecho. A continuación a la pen­sión a darle al estudio. Des­pués le llamaron para ir a Larfán, aquel sastre de la calle Don Jaime que te tomaba medidas para el uniforme en espera de si ingresabas o no. Siempre me pre­gunté cómo conseguían ellos las listas de los que ingresaban antes de que se publicasen en la mismísima Academia.

Y una mañana ¡hala!, a verle los "congojos" al caballo de Franco y a los tuyos no los busques en su sitio.

Higinio pasó bien el examen médico aunque se atascó con el trabalenguas aquel de:

-Tercer regimiento de Artillería Ligera de Montaña.

Por un momento pensó que lo echaban por tarta.

Pasó las pruebas físicas, ni que decir tiene.

Un tío que es capaz después de comer una fabada, pe­garse un partido de béis­bol con una pelota de frontón y por bate un palo de espaldera, vestido con el trapillo y en sanda­lias, le van a asustar las pruebas físicas de la Academia.

-Eso está chupao.

Lo malo empezó al día siguiente. Análisis matemático, teoría. De 8 de la maña­na a 2 de la tarde. Bocadillo, paquete de cigarrillos y ¡hala! a parir.

Para salir al baño, aquellos ordenanzas que te acom­pañaban y te vigilaban y que tenías que hacerlo todo con la puerta del servicio abierta. Higinio en un mo­mento en el baño pudo echarle una ojeada a sus chuletas pero justo lle­vaba la pre­gunta anterior y posterior. "Murphy" vencía de nuevo.

Al día siguiente sin solución de continuidad Análisis matemático, pro­blemas.

De 8 de la mañana a 2 de la tarde.

Higinio como es natural a la vuelta de cada examen analizaba, comparaba, y recordaba lo que había puesto con las fichas y apuntes, alegrándosele la cara y arrugándosele el corazón.

Y así día tras día hasta acabar los exámenes. Ahora sólo quedaba esperar la co­municación de la Academia.

Por fin llegó el oficio del Ministerio del Ejército que rezaba:

Su hijo Higinio Zarzoya Tardón

ha sido designado para ocupar plaza

como alumno interno en el Colegio

de Huérfanos C. Alto, c/ Generalísimo

Franco, 21, Madrid, debiéndose atenerse,

a los efectos de incorporación, a la

instrucción que a continuación se menciona

Etc., etc., etc.

Higinio como es natural en el primer año no ingresó.

¡¡¡FALTARÍA MAS!!!